

# Bizkaia



## “Llevo media vida tirado en la calle”

Noches en vela, alguna pena empapada en alcohol, los robos de rigor... Francisco Javier Mas ha vivido de todo, pero está recuperando la ilusión que perdió entre los cartones

Francisco Javier Mas, de 47 años y nacido en Huelva, ha dado “varias vueltas a la península” durmiendo al raso antes de recalar en el albergue de Uribitarte. Foto: Oskar Martínez

**Arantza Rodríguez**

**BILBAO** – Tiene 47 años y poco más que lo que lleva puesto encima. Un saco, algo de ropa, unas mudas... Nada que no quepa en la mochila con la que se ha pateado la península de cabo a rabo. “Llevo ya 27 años, más de la mitad de mi vida tirado en la calle, que se dice pronto, pero...”. Y el pero suena a noches en vela, a penas empapadas en alcohol, a ilusiones perdidas entre cartones.

A Francisco Javier Mas, Paco en resumidas cuentas, le dices que podría escribir la *guía michelín* de los *sin techo* y sonríe, pero lo cierto es que sabe que en Murcia se saca más dinero pidiendo que en Alicante o que en el ropero de Llodio te dan hasta maquinilla y espuma de afeitar. Instalado desde hace un año en el albergue de Uribitarte, recuerda la de madrugadas que ha pasado al raso, primero en Huelva, donde nació, y después en Sevilla, Valencia o Zaragoza, siempre bajo el mismo cielo, más o menos contaminado. “Las noches son muy duras. Si vas colocado, pasas de todo, pero si no, piensas a ver si te va a pasar algo...”. Algo peor que que te roben la mochila o los zapatos, quiere decir, porque eso se da por hecho. “Yo nunca he dormido en cajeros. Son peligrosos porque no tienes escapatoria. Te pueden pillar y echarte gasolina, como le hicieron a una no me acuerdo dónde”, comenta. A él nunca le

han agredido, pero sabe de algún compañero al que le han pasado “historias por fascismo, porque hay cada uno por ahí que no veas”.

Paco esboza su vida con cierta timidez, pero cuando se arranca cuenta verdades como puños. Si hubo un tiempo en el que pidió para beber, no lo esconde. Es más, asegura que a veces incluso le daban más dinero que para comer. “Hay gente para todo”, dice ahora que ya ha enterrado aquella etapa y a un amigo, alcohólico crónico, que conoció hace veinte años en Cádiz y se reencontró en Bilbao, donde falleció tras entrar en coma el año pasado. “En la calle es habitual beber o fumar porros para intentar olvidar un poco y evadirte”. Lo que viene a ser envolver la cruda realidad con el tupido velo del alcohol y las drogas.

Antes de tomar asiento en un sofá, en el que se confiesa como si fuera un *chester*, Paco hace de *guía* por los pasillos de uno de los centros de día que la asociación Bizitegi gestiona en Bilbao. Cede amablemente el paso en cada puerta. Solo tiene la EGB, pero le sobra educación. Uno se pregunta cómo ha podido llegar al hombre como él hasta aquí. “En el año 83 se murió mi padre, mi madre en el 88 y ya fue cuando me tiré a la calle porque vivíamos en un piso de alquiler, estuvimos siete meses sin pagar y nos echaron”. Antes vendieron hasta las camas. Paco apenas tenía 20 años y se fue

“a rular por ahí” con dos de sus hermanos. Con uno de ellos aún mantiene el contacto. Del resto de la familia, ni rastro. Las amistades, si las hubo, debieron mirar para otro lado. En la calle dice que ha hecho nuevos amigos. “Puede venir alguno que no conozcas y te robe la cartera o la mochila, pero si te conoce, ya no te quita nada”, aclara.

**“PASÉ YA DE CURRAR Y DE TODO”** En el principio de los tiempos, cuando cambió su colchón por una acera, Paco trabajó de jornalero en las campañas de la fruta y el tabaco, de albañil, haciendo artesanía de cuero... “Juntábamos un poquito de dinero y nos lo gastábamos los meses siguientes”. Nunca alquilaron ni una triste habitación. “Ni se nos pasaba por la cabeza”. Las cosas se fueron complicando, cada vez resultaba más difícil ganarse el parné y llegó un punto en que se abandonó. “Al final me agobié y ya pasé de currar y de todo. Son muchos años”.

Tirando de comedores sociales, de cuando en cuando descansaba en un albergue. Lo de descansar es un decir, porque inmerso en un enjambre de literas, las chispas saltan. “Siempre hay rencillas. Nada más que te mueves en la cama, al de arriba o al de abajo le parece un terremoto, que si yo estoy aquí, que si échate para allá... Por lo menos tienes un sitio donde dormir y ducharte”. Cualquier cosa es mejor que la

calle. “Descarado que sí”, suscribe. No obstante, continúa, “tener una casa es vital porque si no, no vas a ningún lado. Estás tirado en la calle y no te puedes ni empadronar ni nada. Es un círculo vicioso”. En muchos de los municipios por los que ha pasado, explica, a lo sumo “te dan un billete de autobús o un bocadillo. Como no eres de allí, lo veo normal”, asume con resignación.

Dada por perdida, como aguja entre un millón, la posibilidad de encontrar un empleo, Paco pedía dinero tocando la flauta. O sentado en el suelo a secas, sin más melodía que la de los pasos que, indiferentes, se alejaban. “Últimamente me ponía sentado con una cáscara de coco en Doctor Areilza y ya está, que vayan echando”. El día que mejor le iba llegaba a sacar entre 30 y 40 euros.

**“Vivíamos en un piso de alquiler, murió mi madre, estuvimos siete meses sin pagar y nos echaron”**

**“Las noches son muy duras, los cajeros son peligrosos porque no tienes escapatoria”**

**FRANCISCO JAVIER MAS**  
Persona sin hogar

Tras pasar, hace cosa de cinco años, por un centro de Cáritas en Pasaia, Paco recaló en Bilbao, donde ahora empieza a recuperar la ilusión con la ayuda de la asociación Bizitegi. Al menos tiene una rutina a la que agarrarse como un salvavidas. “Me levanto sobre las siete y cuarto. Vengo a desayunar al centro de día y me tiro aquí hasta la una. Después voy al comedor de las Damas, en Manuel Allende. A las tres vengo otra vez para acá y estoy hasta las seis. Luego espero hasta las ocho y media y me voy al albergue”. En los tiempos muertos queda con su hermano, que “vive en un piso del ayuntamiento y cobra una pensión de minusvalía de 300 y pico euros. Si no tiene diálisis, estoy con él en la calle o en el piso”, comenta.

Paco está cómodo en el centro de día. El sofá en el que se sienta, frente a una tele, debe ser lo más parecido que ha tenido últimamente a una casa. “Le he cogido gusto a esto”, dice. Las cajas forradas de tela que hace en el taller son una maravilla y dan un empujoncito hacia arriba a su autoestima. A la espera de que le cojan en algún cursillo –se ha apuntado al de soldador, fontanería y limpieza de edificios–, parece dispuesto a intentar retomar las riendas de su vida. “Si estamos en la calle es porque no podemos hacer otra cosa. Al final te acostumbras, que es lo peor que te puede pasar. A ver si ahora puedo cambiar un poquito”. ●